

Melilla : Las relaciones franco-españolas entre pasiones y tensiones

Andrée Bachoud

Universidad de Paris7-Denis Diderot

Peso del pasado

Hacer un resumen de la historia de las relaciones franco-españolas a partir de la muerte de Franco es un proyecto ambicioso, condenado a ser muy esquemático o demasiado concentrado sobre los episodios de mayor significación. De ahí que esta ponencia pecará de las dos cosas a la vez : el recuerdo de datos sobradamente conocidos, pero necesarios para situar el espíritu de estas relaciones, y una focalización probablemente excesiva sobre algunos acontecimientos recientes, relacionados con la crisis que sufrió la Unión europea, todavía a la hora en que escribo este texto, lejos de ser totalmente resuelta.

Sobra decir que la proximidad geográfica, de los dos países siempre ha generado en el pasado tensiones y sobre todo pasiones que no faltaron durante los 30 últimos años. Menudearon los movimientos afectivos, los deslices y las torpezas, con las heridas que se derivaban y que todavía perduran en la memoria, al lado de aciertos excelentes que obligan a apreciar que al fin y al cabo estas relaciones no son tan malas. Sobre todo han cambiado en parte de naturaleza con su inclusión dentro de un contexto más amplio, el de la Unión europea, con el proyecto de una Constitución común, y también la modificación del panorama internacional con la desaparición de la Unión soviética, y las nuevas relaciones de los Estados-Unidos con el mundo, nuevo marco de los conflictos actuales, en particular de la crisis reciente de la Guerra de Irak.

De ahí que no se puede presentar sino un esquema simplificado de estas relaciones, anticipando su conclusión al afirmar que estas relaciones buenas, cuando son sólo relaciones bilaterales, se complican y a veces se deterioran cuando se inscriben en un conjunto, plurinacional o pluricomunitario, en el que se juega la potencia o la imagen propia.

No es inútil repetir que las auto-representaciones y las representaciones del otro han desempeñado un papel considerable. En España son secuelas de un pasado cuyas huellas

desaparecen poco a poco, marcadas por una francofobia cuya formación y causas han sido evocadas frecuentemente: proximidad, competición colonial, trayectorias históricas muy diferentes en el terreno político y económico. Este sentimiento no tienen equivalente en Francia. Desde el principio del siglo XIX°, la hispanofilia no hizo sino crecer y mejorar. Los franceses han pasado de una pasión romántica por un país en el que no veían sino un arcaísmo pintoresco a una admiración sin reservas por la construcción de una democracia ejemplar, próspera y creativa.

Un diálogo de sordos

La ignorancia de estas representaciones respectivas en las opiniones públicas, y en los decisores de cada uno de los dos países, los ha conducido a veces a un diálogo de sordos, es decir a una incomprensión total, como lo demostraron por ejemplo los obstáculos que le puso Francia a España antes de dejarle ingresar en la Comunidad europea. Por razones técnicas efectivas, el miedo al auge del paro que sufría entonces España, la inquietud por la renta del agricultor francés, por el impacto de los choques petroleros, y por la parálisis de las instituciones debidas en parte al uso permanente de su derecho de veto por Margaret Thatcher, etc., Francia contribuía a retrasar el momento de su adhesión. En estas demoras los españoles no veían sino una nueva manifestación de la voluntad hegemónica de Francia, y volvían a expresar sus viejos resentimientos. Tras el Pirineo, todavía en 1987, como lo muestra la lectura de la prensa francesa, se percibían estas reacciones como nuevos accesos de una paranoia, considerada como corriente entre los españoles, que era, por ser excesiva, insignificante. Así *La Tribune* del 11 de marzo de 1987 comentaba :

« No hace tanto tiempo que el menor pecadillo tomaba proporciones de drama nacional en el sur de los Pirineos».

Nuevo giro

Sin embargo, las relaciones tomaron otro giro como lo señalaban varios artículos de prensa publicados por las mismas fechas. Todos constataban con ocasión del viaje de François Mitterrand, acompañado de Jacques Chirac, que era entonces su primer ministro, de cuatro otros ministros y de un séquito de grandes empresarios que las relaciones de ambos países evolucionaba muy favorablemente, sobre todo a partir de la cumbre de Fontainebleau en la que Francia aceptó por fin el ingreso de España en la UE y se comprometió a una franca cooperación sobre varios dossiers esenciales: terrorismo, cooperación técnica y cultural, intercambios comerciales, etc. A pesar de algunas que otras crispaciones coyunturales, el recorrido común fue casi perfecto hasta, más o menos, el final del siglo XX. Se debía a la extraordinaria expansión de España en todos los terrenos que la impuso en la primera fila de

los países europeos y a su avance, no menos espectacular en el ámbito de las relaciones internacionales. Al pasar del ostracismo al protagonismo, gracias a una política exterior caracterizada, al menos hasta el final del Siglo XX, por su continuidad repetitiva, según la expresión de Roberto Mesa, se había copado la presidencia de varios organismos internacionales, lo que había reforzado su influencia en Europa et en otros ámbitos del mundo.

Esto, en las relaciones de Francia y España, llevó a un cambio cuyos términos fueron definidos con humor por Lázaro Carreter. Escribía en un artículo de *Le Monde* : « Ahora que España y Francia son más iguales, Francia es menos superior », un modo muy fino de describir el excelente giro que habían tomado las relaciones entre los dos países, nacido de una estima recíproca.

1999 : el viaje de Chirac

Los resultados estaban en efecto a la altura de las esperanzas respectivas. Se traducían por cifras : España vino a ser el primero cliente de Francia, et su cuarto proveedor. Cambiaban lenta pero seguramente las percepciones respectivas de las opiniones públicas. Los desplazamientos aportaban mucho a un mejor conocimiento recíproco : los exilios y las migraciones económicas que en los tiempos de Franco, habían contribuído a un mezcla y más a un mestizaje de las dos poblaciones habían dejado lugar a otro tipo de movimientos, los viajes turísticos, intercambios universitarios, y profesionales: Así en los días de hoy se evalúan a 216 000, los españoles instalados en Francia y a 120 000 franceses instalados en España. El azar de los comicios nacionales había contribuído también a acercar los puntos de vista, con la coincidencia a la cabeza de cada nación de dos socialistas, François Mitterrand y Felipe González, que se prolongó por la proximidad política de Jacques Chirac y de Manuel Aznar que a su vez facilitó esta amistad franco-española que saltó a la vista, con la visita oficial de Jacques Chirac a España a principios de octubre de 1999. Entonces se pudo notar a través de los numerosos artículos consagradas a este encuentro, no sólo el cambio de tono de las relaciones entre las elites políticas sino también la satisfacción que producía en la opinión española este nuevo rumbo.

La acogida fue espléndida. *El País* subrayaba que « El Gobierno /había recibido a Jacques Chirac con un protocolo sin precedentes para un Jefe de Estado Europeo », y que por primera vez un Jefe de Estado no iberoamericano iba a hablar ante las Cortés, lo mismo que anteriormente el rey Juan Carlos había sido invitado a hablar ante la Asamblea nacional

francesa¹. Al elogiar a Aznar « por situar a España entre las « primeras potencias europeas » Chirac supo conseguir « un salto cualitativo » en las relaciones entre España y Francia, según *ABC*², poco sospechoso hasta ahora de una simpatía incondicional hacia Francia. Mientras que en *El País*, después de anunciar en un recuadro, « Mejora la imagen de Francia », escribía:

« El 46,4% de los españoles tiene una buena imagen de Francia porque predomina la colaboración sobre los conflictos menores » según un sondeo realizado por la asociación de amistad hispano-francesa, *Diálogo* ».³

Al parecer, los viejos temas de discordia, se habían enterrado. Jacques Chirac tuvo la elegancia en sus discursos oficiales de lamentar las « manifestaciones violentas de los agricultores franceses contra los camiones españoles y la invasión de España por Napoleón, al depositar « una ofrenda ante el Monumento a los Caídos, que simboliza el levantamiento de los españoles contra las tropas napoleónicas »⁴. Al parecer sus consejeros en comunicación no sabían nada o no querían hablar, de los Cien mil hijos de San Luis, ni de los problemas relacionados con la guerra civil español.

Bilateralismo y multilateralismo. La guerra de Irak

Estas buenas relaciones en los intercambios ya citados se mantuvieron hasta el principio de este nuevo siglo, a partir del cual van a conocer alteraciones, a consecuencia de dos acontecimientos de gran trascendencia : la ruptura del equilibrio de fuerzas y del fin del bipolarismo oeste-este que resultó de la caída del muro de Berlín primero, y sobre todo del atentado contra las *twin towers*, el 11 de marzo de 2001, que llevó a los Estados Unidos a emprender una guerra contra el terrorismo desde su posición de potencia dominante. Acababan así con el multilateralismo, que hasta esta fecha habían promovido, para llevar una política de poder imperialista. Como lo escribe Bertrand Badie, descubrió entonces el mundo que había derivado, sin darse cuenta casi, de la unipolaridad que hacía de los EE.UU « una potencia que superaba a las demás, capaz de organizar el orden mundial, pero sobre todo de atraer los apoyos y los compromisos que necesitaba,»⁵ hacia el unilatéralismo.

¹ *El País*, 4 y 5 de octubre de 1999

² *ABC*, 3 de octubre de 1999

³ *El País*, 5 de octubre de 1999.

⁴ *La Razón*, 6 de octubre de 1999

⁵ Bernard Badie : *L'impuissance de la puissance*, Paris, Fayard, 2004, p.106

Hasta la guerra de Irak a través de sus intervenciones rápidas y decisivas en la Guerra del Golfo a en la crisis de Kosovo, los EE.UU se habían impuesto, con una aprobación casi general, como el único país capaz de imponer un orden por la fuerza. Pero con la guerra de Irak, su actitud imperialista suscitó unas posiciones muy diferentes que llevaron a varios países europeos, y entre ellos, particularmente a Francia y a España, al conflicto.

La ofensiva precedente contra Afganistán se había realizado con un acuerdo casi total. En noviembre de 2001, Bush no había encontrado ningún obstáculo para movilizar el Consejo de Seguridad de la ONU e implicarlo en el envío de una fuerza multinacional que incluía también a franceses. Pero la inquietud se apoderó de una parte de los europeos cuando el 21 de diciembre de 2001, los Estados Unidos designaron a nuevos enemigos, a Sadam Hussein, a Somalia, y reincidieron con sus amenazas, amplificándolas el 31 de enero, contra Irán, Irak, la Corea del norte, definidos como « el eje del mal » contra el que todos sus aliados tenían, según su punto de vista, obligación de mobilizarse.

Francia y España frente a la guerra

Entre los más alarmados de los europeos se destacaron los franceses que siempre habían vinculado su independencia con una política de defensa autónoma de Europa, o, a falta de un acuerdo global sobre este tema, con la capacidad de Francia de poseer su fuerza propia de disuasión. La prensa francesa fue casi unánime para denunciar el peligro de un « imperialismo estadounidense », insistiendo como *Le Monde* del 6 de febrero de 2002 sobre el que los EE.UU gastaban cuatro veces que los 15 reunidos en la investigación militar. François Heisbourg, el Presidente de la investigación estratégica avisó « Los Europeos cada vez tendrán menos capacidad de pesar sobre las decisiones americanas ». Se subrayaba además que los EE. UU prohibían el acceso a ciertos secretos tecnológicos, y obstaculizaban el proyecto de avión de transporte militar europeo. Y sobre todo se recordaba que los presupuestos de los cuatro países más importantes de Europa se habían reducido, en millones de dólares, que el de Gran Bretaña era de 32,5, el de Francia de 31,9, el de Alemania de :35,4, y el de España sólo de 6.

Desde el primer anuncio del ataque a Sadam Hussein, el gobierno español optó por otro análisis tal vez, entre otras razones, por ser el menos dotado de defensa propia: se adhirió a la posición de Bush, y se alejó ostensiblemente de la posición adoptada conjuntamente por París y Berlín.

Por sus discursos y sus comportamientos, parece que los dos países se encontraban enfrentados por dos lógicas, ubicadas ambas en la continuidad de una historia nacional.

Francia se mantenía en la línea adoptada por De Gaulle, siempre obstinado a defender su independencia. España quedaba muy próxima a la política exterior de Franco, heredera de otra estrategia de alianza con los EE.UU., por ser la nación más potente (se recuerda sin duda que cuando Castiella había defendido la necesidad de optar entre una alianza con la Comunidad europea o con los Estados Unidos, su respuesta había sido: «Pues si es necesario casarnos, casémonos con la más rica»). Fuera de toda broma, la alianza con los EE.UU. siempre había sido más benéfica para España para su admisión en los organismos internacionales y el desarrollo de su economía, mientras que por razones muy conocidas, la Comunidad europea se resistía a aceptarla. Puede, por otra parte, que fieles al papel que quería asumir, Francia veía en su rechazo de los argumentos de Bush una ocasión de un liderazgo moral sobre el mundo, mientras que España, en el apoyo a los potentes EE.UU. encontraba la ocasión de adquirir el puesto de aliado privilegiado, con las ventajas que se podían deducir de ello.

Por estas razones y otras, los dos países manifestaron, cada uno según unos viejos esquemas, un nacionalismo y una voluntad de potencia que pertenecían a épocas ya lejanas.

La herencia de De Gaulle

La voluntad de Francia de tener un protagonismo de primer plano y de formar parte de las potencias decisoras siempre se había dado a conocer. Ya desde la construcción de la OTAN, había propuesto un proyecto de dirección tripartite con los Estados Unidos y Gran Bretaña. Se lo habían negado, oficialmente por razón de la presencia de comunistas en el gobierno, y sobre todo porque consideraron que su influencia estaba reducida a los continentes europeos y africanos, mientras que los EE.UU. y la Gran Bretaña tenían una proyección mundial. Esta exclusión de la cumbre de los potentes, no la quiso aceptar De Gaulle, y se empeñó en adelante a crear entre el bloque americano y el bloque soviético otra zona de influencia con la colaboración de Alemania. El proyecto de incluir a Alemania en la defensa occidental, y de volver a armarla que se conoce con el nombre de la Comunidad europea de Defensa, ideado por Schuman, contemplaba la creación de un ejército europeo vinculado con las instituciones políticas de Europa, con el apoyo de la OTAN, pero no tuvo la aprobación de la Asamblea Nacional en agosto del 54; sin embargo este proyecto fue defendido por casi todos los jefes de gobierno que le sucedieron. La oposición de los EE.UU. a la expedición de Suez en 1956 convenció a Guy Mollet de lo bien fundado de una cooperación militar con Alemania. Cuando el general De Gaulle tomó el poder en 1958, volvió a defender este proyecto, sin conseguir la aprobación de los otros países europeos. Decidió entonces la adopción de una política extranjera autónoma, tomando sus distancias con la OTAN, negándose a poner a su disposición ciertas unidades de fuerza naval del Mediterráneo. Lo que

irritó sobremanera a los EE.UU. El 14 de enero de 1963, en una rueda de prensa, definía como ejes de la política extranjera francesa: la cooperación franco-alemana, la autonomía de la defensa nuclear francesa respecto a los Estados Unidos. Algunos días después, el 22 de enero, el Tratado de Versalles instituyó una cooperación con Francia por el medio de cumbres organizadas regularmente entre los dos países. Por fin el 7 de marzo del mismo año, Francia abandonó la OTAN y exigió la evacuación de las tropas americanas del territorio francés. Así que nada nuevo bajo el sol. El resurgimiento de esta vieja política, acompañada por la celebración del aniversario de este Tratado, y la proclamación del 22 de enero de 2004 como día de la cooperación franco-alemana con grandes festividades resuscitó la vieja desconfianza de los americanos al no-alineamiento francés y tampoco fue, al parecer, del gusto del gobierno Aznar. Parecía evidente que Chirac se inscribía en la tradición de la política exterior de de Gaulle, que se fundaba sobre tres ideas-fuerzas, resumidas así por Jean Lacouture en el artículo consagrado a de Gaulle en la *Encyclopédia Universalis*:

1. Las relaciones entre Estados, aliados o no, no son sino basadas sobre relaciones de fuerzas
2. No importan las ideologías, sino sólo las naciones
3. Francia tiene que situarse en la primera fila, en beneficio de todos.

Manifiestamente Chirac, con su oposición a la posición americana mantenía la tradición de los preceptos que guiaron la actitud de de Gaulle. Por cierto no se puede reducir la posición de Francia a esta fidelidad. Habría también otras razones legítimas para determinar su posición frente a la Guerra de Irak. Pero no cabe duda de que la Guerre d'Irak fue una buena ocasión para elevar a Francia, al primer nivel « en beneficio de todos », al menos en su primer año por su defensa a un orden mundial, fundado sobre el respeto de los convenios y sobre una ética internacional, lo que le mereció en efecto una gran popularidad entre diferentes opiniones públicas, que siempre se muestran hostiles a toda guerra.

Pero, en parte por la serie de torpezas que acompañaron esta acción loable, este protagonismo, no podía convenir al gobierno Aznar. Tampoco desprovisto de ambición para la proyección exterior de España, con razón consideraba él que tenía derecho a ejercer influencia en la vida política mundial.

Perejil

Bastó con un granito de arena, o más bien un pedacito de piedra, para resuscitarla y acabar con la amistad franco-española tan celebrada poco tiempo antes. El 11 de julio de 2002, los marroquíes desembarcaron en el islote de Perejil, un islote poblado de cabras, cuyo interés principal era su proximidad a Ceuta, ciudad que por cerrar el estrecho de Gibraltar, España no quiere ceder a Marruecos, a pesar de que la está reclamando Marruecos así como otras

posesiones españolas de ultramar que se conservaron después de la descolonización ante la ONU. La Unión europea se contentaba con abogar por la retirada de las tropas marroquíes, pero España temió que se prolongara demasiado la resolución del conflicto, y que la ocupación se quedara como un hecho cumplido; tomó una iniciativa rápida, mandando el 18 de julio (fecha-aniversario del golpe de los militares en 1936, a propósito de la cual nace la pregunta de si fue sólo una coincidencia?) un grupo de intervención que recuperó la isla. La OTAN se apresuró a manifestar que así se había restablecido el *statu quo*. En cuanto a Francia, había demostrado, a los ojos de los españoles, primero por la indiferencia con la que acogió este episodio, luego por su intervención para bloquear una nota de satisfacción que quería difundir la Unión europea, que en ningún caso quería enturbiar sus relaciones con Marruecos. Para ellos, su actitud era prueba de que la vieja rivalidad de influencia sobre Marruecos pasaba delante de la amistad ostentada que se les había manifestado recientemente. Según *el País*, la explicación de esta actitud era que habría firmado un acuerdo petrolero con Marruecos. Así que España pudo concluir que, por intrigas de Francia, no había podido contar con el compromiso de los europeos en este asunto y que fueron los americanos, los que vinieron a echarle la mano. Apoyándose sobre sus buenas relaciones con Marruecos, lograron en efecto establecer una concordia, obteniendo que Marruecos volviera al *statu quo ante*.

Eleje franco-alemán

Tuvieron los españoles otro motivo, todavía más irritante para ellos y para buen número de pequeños países europeos. Fue la reconstitución de este eje franco-alemán con la cumbre de Schwerin, que se celebró el 30 de julio de 2002 destinado a contestar al unilateralismo de los EE.UU. y probablemente a una ampliación de la U.U.EE que podía menguar una influencia común. Se temió y no sólo en España que esta asociación pudiera introducir una jerarquía entre los países miembros, fundadores de la Unión y los recién venidos. La amenaza era para éstos y para España la formación de bloques europeos, en la que podía ser marginados. La prensa española expresaba su inquietud frente a esta pareja demasiado unida, *El País* del 19 de septiembre aludía « al impulso renovado que ha tomado el viejo eje franco-alemán, en plena sintonía ».

Ya desde la cumbre de Schwerin, ambos habían afirmado que cualquier intervención necesitaba un mandato de la ONU y una decisión del Consejo de Seguridad. Esta cumbre fue considerada con razón como un estrechamiento de las relaciones entre Francia y Alemania. El

8 de agosto, Chirac⁶ y Schröder excluyeron cualquier forma de colaboración a un ataque americano que fuera unilateral, lo que le mereció al canciller alemán una reelección que hasta la fecha parecía muy improbable.

Como al mismo tiempo Blair, José-María Aznar prometieron a Georges Bush su total adhesión, la guerra de Irak vino así a revelar la realidad de las fuerzas profundas y los verdaderos intereses de la vida internacional.

Hasta este punto, no pasaba nada, sino que diferían los análisis y los puntos de vista de Francia y España, basados en alianzas y experiencias distintas: se podía comprender que la exposición de España al terrorismo le había dado una sensibilidad particular frente a esta forma de agresión y que con su fracaso en Argelia, Francia había aprendido a duro precio que una victoria militar no bastaba contra un pueblo unido por el nacionalismo y la religión.

Pero el divorcio era más profundo. Lo más sorprendente, en el desarrollo del proceso de alejamiento de los dos países, fue la reemergencia, al lado de las argumentaciones de una política exterior que obedecían a una lógica propia en cada país, de unas posturas y de un discurso emocional y agresivo que había desaparecido desde hace décadas.

Por una parte Francia reanudaba con el tono aleccionador, ético y de alcance universal, empleado en tiempos anteriores. Su prensa apoyaba la posición de Jacques Chirac con una soberbia que no podía sino abrir ciertas heridas mal cicatrizadas, con la misma torpeza histórica de siempre. Bastaba con leer los titulares para deducir y comprender la exasperación que se podía apoderar de los españoles :

El Figaro del 17 de octubre 2003 ostentaba su euforia en la portada: « Chirac-Schröder : una sola cabeza ante Europa o, en la página 5 del periódico, otra vez en letras grandes Chirac-Schröder , seguido de esta información « Los países fundadores defienden el proyecto de constitución de Giscard ». Sobran los comentarios. De Presidente de la Comisión de redacción Giscard se transformaba en autor único, casi propietario del texto. Se podía notar también que en la misma frase resurgía la afirmación de la superioridad propia de los elegantes y antiguos miembros de los clubs frente a los recién venidos a los que tuvieron la inmensa bondad de acoger. Se interpretó con razón como una voluntad común de ejercer un liderazgo

⁶. A título de ejemplo, el 29 de agosto, ante la Conferencia de los embajadores, denunciaba « la tentación de legitimar el uso unilateral y preventivo de la fuerza (...) contrario a la visión de la seguridad colectiva de los Estados (...)», etc.

sobre la política económica y la política exterior de la EE.UU, actitud cuanto más impropia que no se justificaba por la situación presupuestaria ni social de los dos socios Francia y Alemania.

Los atlantistas

Dicho esto, la respuesta a veces no valía mejor que los ataques. La réplica a este acercamiento de los países fundadores, Francia, Alemania, Bélgica y Luxemburgo: era inevitable : se constituyó un frente atlantista, con lo que se llamó « la carta de los Ocho » de febrero de 2003, compuesto de Blair, Aznar, Italia, Portugal, Dinamarca, Polonia, Hungría, Chequia, a los que se apuntaron luego los otros países de la Europa centrale y báltica, la Roumanie, la Bulgarie, para denunciar la política divisoria de la Alianza Atlántica practicada por el Presidente Chirac . *El País* del 19 de enero de 2004 resumía: / La propuesta el 29 de abril de 2003, de Francia, Alemania, Bélgica et Luxemburgo, de crear una Europa de la Defensa y de la seguridad , autónoma de la OTAN duplica los organismos, crea confusión con la OTAN, al separarse de la política militar des USA. Reacción inmediata, completada poco tiempo después por una reflexión concertada sobre la necesidad de una defensa europea entre varios de estos países, entre los cuales La Gran Bretaña y España , preocupados por la difícil evolución de la guerra de Irak. A partir de abril de 2003 empezaron a dedicarle más atención a la idea de una defensa común europea.

Sobre este tema, cada uno cumplía con su papel y sus responsabilidades.

La Constitución europea y los criterios de estabilidad

Pero el contra-ataque dio lugar también a ofensivas verbales confusas, y excesivas de parte de los políticos y de la prensa española. Se focalizó la actitud de Aznar sobre el proyecto del texto de la constitución europea. Fue hostil e intransigente: se negaba a aceptar cualquier propuesta que daba marcha atrás sobre la representación de España concedida en el Tratado de Niza, en particular la noción de mayoría cualificada que permitía escapar a la parálisis de las instituciones , sin querer soltar nada de lo conseguido entonces. Había ganado para España un representación casi equivalente a la de los países mayores en población (Francia, Alemania e Inglaterra) y se sentía afrentado por toda perspectiva de modificación. Esta resistencia a una reforma que parecía impuesta por la lógica de la ampliación exasperaba en Francia donde *Le journal du dimanche* denunciaba, el 14 de diciembre de 2003, después del fracaso de su voto :

« Y España dinamitó a Bruselas». Con el subtítulo: « Más que Polonia, fue la intransigencia de José María Aznar la que hizo imposible la adopción de la constitución europea. »

La asociación de España con Polonia, a través de su presidente Leszek Miller acabó por deteriorar la imagen de Aznar en varios países de Europa, entre los cuales Francia. Los dos países, probablemente para reaccionar contra la nueva cordialidad de Chirac y Schröder hacia Poutine (poco congruente en verdad con los principios democráticos de ambos países) tradujeron así una hostilidad a Rusia por razones heredadas de un pasado reciente para Polonia, y de varios contenciosos con Franco para España. El español y el polaco se empeñaron, al lado del Papa Juan Pablo II en la exigencia de una mención de la catolicidad de Europa, adoptando un discurso línealmente opuesto al de Francia que luchaba por la afirmación una necesaria defensa de la laicidad constitutiva de su identidad.

Siendo cualquier ocasión motivo de discordia, hubo dos nuevos detonadores : La ruptura del Pacto de estabilidad a consecuencia del voto de los quince ministros de Hacienda de los países miembros que aceptaron la concesión de un plazo a Alemania y a Francia, para corregir el déficit presupuestario que por razones muy diferentes conocían, contra el dictamen de la Comisión europea que quería aplicar las disposiciones del Pacto de Estabilidad, que preveía sanciones en caso de incumplimiento de los criterios establecidos por un común acuerdo y en gran parte a consecuencia de una exigencia francesa ; España, que había realizado esfuerzos modélicos para cumplir con todos los criterios del Pacto, se indignaba, con una vehemencia excesiva, pero justificada por el mal trato que había recibido de « los miembros fundadores » antes de ser admitida en la zona euro; los miembros fundadores entonces habían calificado el sur de Europa de « países del Club mediterráneo », asimilando con un desprecio evidente España a Italia cuya conducta económica distaba mucho de ser irreprochable. La indulgencia y el plazo que concedían los quince ministros a los dos países infractores fueron vistos como un tratamiento de favor. *El Mundo* titulaba en la portada : « Euroescándalo : la UE vulnera sus reglas en favor de Alemania y Francia ». Añadía en el subtítulo:

«/Aznar considera/ « un durísimo golpe para Europa que se haya eximido a París y Berlín de las sanciones impuestas por su exceso de déficit ».

Detalle agravante : el 10 de enero de 2004, la Comisión económica europea presidida por Pedro Solbes, percibido como español, aunque su postura no tenía nada que ver con su nacionalidad, decidió presentar una denuncia contra el Consejo de ministros que había acordado un plazo para regular el déficit ante el Tribunal de Justicia, dividiendo aun más a los europeos, y especialmente a Francia y a España. Posición dogmática y demasiado rígida contra los infractores, ya que desde entonces, exactamente el 23 de marzo de 2005, la Comisión europea acabó por reconocer que la aplicación demasiado rigurosa de estos criterios

en periodo de crisis, exponía a varios países a disturbios sociales y amenazaba, como se puede temerle a la hora en que escribo este texto, la necesaria cohesión de la Unión europea. Con esto y aquello seguía creciendo la tensión entre los gobiernos de los dos países, alcanzando un grado cada vez más alto mientras que el nivel del discurso bajaba, rozando la grosería y a veces la estupidez.

Las derivas del discurso

El discurso oficial o mediático español combinaba en adelante dos temas : la afirmación orgullosa de la identidad española y una francofobia que no se disimulaba. El último ejemplo remonta al 11 de julio de 2003. José Manuel Aznar pronunció un discurso tan lleno de autosatisfacción que provocó comentarios irónicos incluso entre los periodistas *del País*⁷ que hasta ahora le habían acompañado en sus críticas hacia la política francesa. Explicaba en su rueda de prensa :

« España ofrece quizás el mercado más dinámico de la zona euro; con una localización clave y buenas estructuras, y con casi 43 millones de personas con alto nivel adquisitivo », produciendo asombro entre los periodistas españoles que no ignoraban que este nivel, a pesar de una impresionante progresión estos últimos años todavía no alcanzaba la media europea. Añadía el Jefe de Estado español, afirmando con estas palabras el derecho de España de pertenecer al club de los ricos:

« España supera por el tamaño de su economía a dos de los actuales miembros del G.8, Rusia y Canadá »

Esta reivindicación, si la justificaban las cifras, podía concebirse, pero dentro de un discurso más apacible. No era indispensable manifestar desprecio hacia una Francia en dificultades económicas y sin embargo obstinada en la defensa y preservación de su patrimonio cultural, siendo la cultura tan básica en la construcción europea. A la pregunta de un periodista sobre las dificultades de « ciertos países que se oponen a la circulación libre de productos culturales », entre los cuales, como es sabido, destaca Francia, contestó desdeñosamente Manuel Aznar :

« La excepción cultural es refugio de las culturas que están siendo derrotadas, que van en retirada ».

Siguió provocando en esta sesión a varios países, adoptando dentro de un clima tenso una iniciativa muy personal. Se presentó como el promotor de una reorganización mundial y de un

⁷ Comentaba el 11 de julio de 2003 *el País* « Aznar habló como líder de una España tan boyante que algunos españoles tendrán dificultad para reconocerla ».

cambio global de la política exterior vigente, con el proyecto de « crear en 2015 una zona económica libre entre Europa y EE UU, En la cumbre USA-Europa de la primavera, de crear una comisión económica de alto nivel encargada de elaborar en el plazo máximo de 12 meses, un plan de acción que identifique concretamente los obstáculos económicos y regulatorios entre los EE UU y Europa y establezca un calendario preciso para su eliminación en una década »

Ni la Comisión europea, ni los socios comunitarios habían sido consultados sobre la propuesta que provocó un evidente mal humor. Los seis miembros fundadores unidos recordaron en voz alta el 16 de diciembre de 2003, que España era, desde hace años, el mayor receptor de fondos europeos, y que era Alemania, el principal contribuyente (con una contribución de 22,8% del presupuesto total, seguida por Francia con una participación de 18,2%) y decidieron que ya era tiempo de recortar el presupuesto europeo. La propuesta, totalmente falta de elegancia, iba directamente encaminada contra España y Polonia, beneficiarias de los esfuerzos económicos de la UE, desde su admisión.

Retorno a la calma

Frente a estos excesos verbales de unos y otros que desbordaban los meros problemas políticos y resuscitaban viejos rencores vinculados a las identidades respectivas, (y probablemente otros factores relacionados con la guerra de Irak, el reconocimiento público de que no se disimulaban en este país armas de destrucción, y las múltiples dificultades actuales, el parón que acabó por imponer el retorno a la calma y a la razón, fue impulsado en parte por las opiniones públicas de cada país.

Un acontecimiento, de un nivel que puede aparecer de menor importancia, como la preferencia por Valencia sobre Marsella en la elección de la ciudad que debía acoger la Copa de América, parece que, según los comentarios que se leían en la prensa francesa, hizo tomar conciencia a muchos franceses de las debilidades de Francia, de su impotencia para resolver ciertos problemas de administración urbana, huelgas sin control, suciedad e inseguridad de la ciudad, en comparación con la superioridad de España en varios terrenos, su prosperidad, la excelencia de la rehabilitación del casco antiguo, de Valencia, y un elemento de valorización tan apreciado por nuestra vieja república, como la presencia de un rey que se desvivió para conseguir este resultado. El rapto de soberbia que se había apoderado de muchos franceses con la ejemplaridad de la actitud de Chirac con los EE.UU dejó lugar a los *mea culpa* de varios periodistas franceses, que condenaron el desdén y la soberbia del jefe de gobierno y

unos avisos como el que publicó *el Figaro*, entre otros periódicos en un artículo, titulado : »Hay que escuchar a España⁸ .

También ciertos prohombres de la política como François Bayrou, presidente de la UDF, partido centro-derecha se mostraron muy críticos hacia » el condominio franco-alemán considerado como un error psicológico que ofendía a todos los recién venidos, los recién enriquecidos, los nuevos, los ex-pobres, los que fueron apartados desde los principios del siglo XIX del concierto de las naciones »s.

En cuanto a los dos pueblos español y francés, al parecer se mantuvieron distantes de la contienda y de vertigos de potencia que subyacían en ella. Los españoles no siguieron a Manuel Aznar en sus discursos. Nunca dejaron de manifestar su hostilidad al apoyo militar de España a la guerra de Irak y de mostrarse favorables al proyecto de Constitución europea, en el referéndum organizado por Zapatero, a pesar de las críticas de Aznar a este proyecto. Tampoco el pueblo francés, acorde con la posición de Chirac sobre la Guerra de Irak, se mostró dispuesto a seguirle en otros temas. Se inclinaba, a principios de mayo de 2005 hacia un voto negativo en el referéndum sobre su adopción.

Conclusiones :

Estos años de crisis graves imponen algunas observaciones más generales :

Una de sus lecciones es que permanecen o pueden resuscitar comportamientos o discursos antiguos, como el nacionalismo, la voluntad de potencia por la influencia o por la riqueza y actitudes políticas que se creían definitivamente postergadas, como la afirmación de superioridad, el desprecio al otro, o viejos temas de combate como laicidad o clericalismo. Demostraron que ningún país se libró totalmente de los demonios del pasado. Hicieron aparecer la existencia de bloques preexistentes a la realidad política del momento, siempre fluctuante en los países democráticos, que reaccionaron según viejas fidelidades.

Sobre estas bases, se pudo constatar que la relación transatlántica podía ser un elemento desagregador de la política extranjera de cada estado, y más allá de la Unión europea, y perjudicar ciertas relaciones bilaterales, todavía mal estabilizadas como las de Francia y España, desde la muerte de Franco. A partir del momento en que cada país administró su relación con los EE.UU a partir de su historia y de una concepción individual de sus intereses, los logros en materia de relaciones bilaterales, conseguidos a fuerza de años de esfuerzos diplomáticos se vinieron abajo. Y no hay ninguna certidumbre de que,

⁸ *Le Figaro*, artículo de Rousselin, del 27 de noviembre de 2003.

manteniéndose la potencia absoluta de los Estados Unidos sin ningún otro polo de equilibrio, no resurjan en los años venideros otras ocasiones de conflictos.

Pero, para concluir con una nota optimista en este cuadro sombrío, se pudo observar también que las evoluciones más positivas las tuvieron los pueblos: los españoles y los franceses mantuvieron una gran autonomía y distancia frente a los excesos de sus dirigentes políticos, a sus estereotipos resobados, y demostraron una capacidad nueva a analizar los dichos y los hechos a partir de su propia información buena y su exigencia de moral política y de paz, lo que se traduce por el olvido progresivo de viejos estereotipos y a la realización de proyectos comunes.

La proximidad física debida aun pasado de exilios de migraciones que condujo a un mestisaje de las dos poblaciones, los intercambios, el turismo, una información más amplia, el trabajo común en varias esferas de la Unión europea les ha llevado a considerar que están unidos en un porvenir común. Se pueden interpretar los viajes de Chirac a España de Zapatero a Francia para impulsar el sí a la Constitución, como la conciencia compartida por estos dos líderes de pertenencia política opuesta de una indisociabilidad necesaria de los dos países.